

**CONOCER, EXPERIMENTAR Y VIVIR
AL CRISTO TODO-INCLUSIVO
PARA LA VIDA DE IGLESIA GENUINA**

(Día del Señor: segunda sesión de la mañana)

Mensaje ocho

**La visión, la experiencia y el disfrute que tenemos
del Cristo glorioso y excelente, quien es la preciosidad suprema de Dios
para la vida de iglesia genuina**

Lectura bíblica: Is. 6:1-8; Jn. 12:38-41; Dn. 10:4-9, 11, 19; 9:23; Ap. 1:9—2:1, 7; 21:18-21

**I. La visión de Cristo en gloria fue vista por Isaías en medio de su depresión—
Is. 6:1-8; cfr. 5:20; 22:1; 2 Cr. 26:1-5:**

- A. El tiempo maligno durante los días de Isaías es visto en la palabra de advertencia hablada por el Señor: “¡Ay de los que llaman a lo malo bueno, / y a lo bueno malo; / que hacen de la luz tinieblas, / y de las tinieblas luz; / que ponen lo amargo por dulce, / y lo dulce por amargo!”—Is. 5:20.
- B. A pesar de las rebeliones, iniquidades y corrupción del pueblo escogido y amado por Dios, Cristo —quien es el Señor, el Rey, Jehová de los ejércitos— todavía está sentado sobre un trono alto y sublime en gloria—6:1-5; Lm. 5:19; Ap. 22:1.
- C. Aquel que fue visto por Isaías era Cristo—Is. 6:5b; Jn. 12:38-41:
 - 1. Juan, en su relato acerca del vivir y la obra de Cristo en la tierra, dijo que Isaías “vio Su gloria, y habló acerca de Él”—v. 41.
 - 2. A fin de ver la visión del Cristo glorioso y entronizado, necesitamos prestar atención a la palabra de advertencia hablada por Isaías (Is. 6:9-10) ejercitando nuestro espíritu para orar que el Señor abra nuestros ojos interiores, ablande nuestro corazón y mantenga nuestro corazón vuelto a Él, de modo que recibamos Su sanidad interior respecto a nuestra ceguera y enfermedad (Jn. 12:40; Mt. 13:14-17; Hch. 28:25-27; Ap. 3:18; 4:2; 2 Co. 3:16-18).
- D. El manto largo de Cristo representa Su esplendor en Sus virtudes, esplendor que se manifiesta principalmente en Su humanidad y por medio de la misma; que Cristo vistiera un manto largo indica que Él se le apareció a Isaías en la imagen de un hombre; Cristo es el Dios-hombre entronizado poseedor de la gloria divina expresada en Sus virtudes humanas—Is. 6:1; cfr. Ez. 1:26, 22; Hch. 2:36; He. 2:9a.
- E. Isaías vio a Cristo en Su santidad basada en Su justicia—Is. 6:2-3:
 - 1. Los serafines denotan o representan la santidad de Cristo, la corporificación del Dios Triuno; ellos estaban allí a favor de la santidad de Cristo.
 - 2. La santidad de Cristo está basada en Su justicia; debido a que Cristo era siempre justo, Él fue santificado, separado, de la gente común—5:16.
- F. Como resultado de ver esta visión, Isaías llegó a su fin, fue muerto, pues comprendió que era un hombre de labios inmundos que habitaba en medio de un pueblo de labios inmundos—6:5:
 - 1. En el sentido neotestamentario, ver a Dios equivale a ganar a Dios; ganar a Dios es recibir a Dios en Su elemento, en Su vida y en Su naturaleza de modo que Dios llegue a ser nuestro elemento constitutivo—cfr. Gn. 13:13-14; Gá. 3:14; Mt. 5:8.

2. Ver a Dios nos transforma, porque al ver a Dios ganamos a Dios y recibimos Su elemento en nuestro ser y nuestro viejo elemento es desechado; este proceso metabólico es la transformación—2 Co. 3:15—4:1; Ro. 12:2; Fil. 3:8.
 3. Cuanto más vemos a Dios, conocemos a Dios y amamos a Dios, más nos aborrecemos a nosotros mismos y más nos negamos a nosotros mismos—Job 42:5-6; Mt. 16:24; Lc. 9:23; 14:26.
- G. Después que Isaías comprendió que era inmundo, fue depurado por uno de los serafines —quienes representan la santidad de Dios— con un carbón encendido procedente del altar:
1. La aplicación del carbón encendido por parte del serafín representa la eficacia de la obra redentora de Cristo lograda en la cruz y aplicada por “el Espíritu el Santo” en Su poder que juzga, incinera y santifica—Is. 6:6-7; 4:4; cfr. Lc. 12:49; Ap. 4:5.
 2. Ver a Dios da por resultado que seamos depurados y limpiados por Dios, y ser limpiados por Dios da por resultado que seamos enviados por Dios para introducir a Su pueblo escogido en un estado en el que vivan a Cristo a fin de que puedan expresarlo en Su gloria, ser saturados de Su santidad y vivir en Su justicia—Is. 6:6-8; 1 Jn. 1:7-9; Hch. 13:47; Fil. 1:21a.

II. La visión del Cristo excelente, quien se apareció a Daniel en Su preciosidad suprema en calidad de hombre, tenía por finalidad que Daniel lo apreciara, fuera consolado, fuera animado y fuera estabilizado—Dn. 10:4-9:

- A. Cristo se apareció en calidad de Sacerdote en Su humanidad, representado por el manto de lino, a fin de cuidar de Su pueblo escogido que estaba en cautiverio—v. 5a; Éx. 28:31-35.
- B. Cristo se apareció en Su reinado en Su divinidad, representado por el cinto de oro, a fin de gobernar sobre todos los pueblos—Dn. 10:5b.
- C. Para que Su pueblo lo apreciara, Cristo se apareció en Su preciosidad y dignidad, según lo representa que Su cuerpo era como el berilo; la palabra hebrea usada aquí para “berilo” podría referirse a una piedra preciosa de color verde azulado o amarillo, lo cual significa que Cristo en Su corporificación es divino (amarillo), está lleno de vida (verde) y es celestial (azul)—v. 6a.
- D. Asimismo, Cristo se apareció en Su brillantez a fin de resplandecer sobre el pueblo, según lo representa que Su rostro tuviera la apariencia de un relámpago (v. 6b), y se apareció con Su mirada iluminadora que sirve para escudriñar y juzgar, según lo representa que Sus ojos fuesen como antorchas de fuego (v. 6c).
- E. Cristo se apareció a Daniel en el brillo de Su obra y mover, según lo representa que Sus brazos y pies fuesen como el brillo de bronce bruñido—v. 6d.
- F. Cristo se apareció con Su hablar prevaleciente a fin de juzgar a las personas, según lo representa que el sonido de Sus palabras fuese como el estruendo de una multitud—v. 6e:
 1. Toda la situación mundial se encuentra bajo el gobierno de los cielos ejercido por el Dios de los cielos con el fin de darle a Cristo la preeminencia en todo, para hacer que Cristo tenga el primer lugar en todo—2:34-35; 7:9-10; 4:17, 26, 34-35; Col. 1:15, 18; Ap. 2:4-5.
 2. Cristo debe tener el primer lugar, la preeminencia, en nuestro universo personal; hoy en día Cristo, Aquel que es preeminente, debe ser la centralidad y

la universalidad en nuestra vida de iglesia, vida familiar y vida diaria—Col. 1:17b, 18b; 3:17; 1 Co. 10:31.

3. Bajo Su gobierno celestial, Dios usa el entorno para hacer que Cristo sea la centralidad (el primero) y la universalidad (todo) para nosotros—Ro. 8:28; Col. 1:18, 27; 3:4, 10-11.
4. Como aquellos que han sido escogidos por Dios para ser Su pueblo con miras a la preeminencia de Cristo, nos encontramos bajo el gobierno celestial de Dios a fin de hacer que Cristo sea preeminente, para hacer que Él tenga el primer lugar en todo—Dn. 4:26b, 35; Col. 1:18; 3:4, 10-11; Sal. 27:4.

III. La visión del Cristo glorioso que anda en medio de los candeleros de oro como Sumo Sacerdote (Ap. 1:9—2:1) le fue dada a Juan en su espíritu a fin de que viera al Cristo ascendido como Hijo del Hombre “vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro” (1:13, cfr. v. 10; 4:2; 17:3; 21:10):

- A. El Hijo del Hombre es Cristo en Su humanidad, el cinto de oro representa Su divinidad y el pecho es una señal de amor:
 1. En Daniel 10 Cristo tiene ceñidos Sus lomos, con lo cual es fortalecido para la obra divina (Éx. 28:4; Dn. 10:5) a fin de producir las iglesias, pero en Apocalipsis 1 Él está ceñido por el pecho, con lo cual cuida de las iglesias que Él ha producido por Su amor.
 2. El cinto de oro representa la divinidad de Cristo como Su energía divina, y el pecho significa que esta energía de oro es ejercida y motivada por Su amor y con el mismo a fin de nutrir a las iglesias.
- B. Cristo se ocupa de las iglesias en Su humanidad como Hijo del Hombre para cuidarlas con ternura—v. 13a:
 1. Él arregla las lámparas de los candeleros para hacer que estén en una condición apropiada, con lo cual nos cuida con ternura a fin de hacer que nos sintamos felices, complacidos y cómodos—Éx. 30:7; cfr. Sal. 42:5, 11:
 - a. La presencia del Señor nos provee una atmósfera de ternura y calidez para cuidar con ternura nuestro ser, con lo cual nos provee descanso, consuelo, sanidad, purificación y ánimo.
 - b. Podemos disfrutar la atmósfera de cuidado con ternura propia de la presencia del Señor en la iglesia para recibir el nutritivo suministro de vida—Ef. 5:29; cfr. 1 Ti. 4:6; Ef. 4:11.
 2. Él despabila las lámparas del candelero, con lo cual cercena todas las cosas negativas que impiden que resplandezcamos—Éx. 25:38:
 - a. La sección carbonizada del pábilo, la pavesa, representa aquellas cosas que no son conforme al propósito de Dios y que necesitan ser cercenadas, tales como nuestra carne, nuestro hombre natural, nuestro yo y nuestra vieja creación.
 - b. Él despabila todas las diferencias que hay entre las iglesias (los delitos, las fallas, los fracasos y los defectos) a fin de que puedan ser iguales en esencia, apariencia y expresión—cfr. 1 Co. 1:10; 2 Co. 12:18; Fil. 2:2.
- C. Cristo se ocupa de las iglesias en Su divinidad con Su amor divino, representado por el cinto de oro en Su pecho, para nutrir a las iglesias—Ap. 1:13b:

1. Él nos nutre consigo mismo como el Cristo todo-inclusivo en Su ministerio completo de tres etapas —encarnación, inclusión e intensificación— a fin de que crezcamos y maduremos en la vida divina para llegar a ser Sus vencedores que llevan a cabo Su economía eterna.
 2. Por ser el Cristo que anda, Él llega a conocer la condición de cada iglesia, y como Espíritu que habla, Él despabila los candeleros y los llena de aceite fresco, que es el suministro del Espíritu—2:1, 7; cfr. Zac. 4:12-14.
- D. Los siete ojos del Señor son como llama de fuego para mirar, observar, escudriñar, juzgar al alumbrar y para infundir; los ojos de Cristo tienen por finalidad el mover y la operación de Dios sobre la tierra, puesto que el número siete es el número de compleción en el mover de Dios—Ap. 1:14; 5:6; Dn. 10:6; 7:9-10; Ap. 2:18; 19:11-12.
- E. Cristo es Aquel que vive por los siglos de los siglos; al conocer al Señor como Dios que vive por los siglos de los siglos, podemos tener la seguridad de que Su presencia está en nuestro espíritu todo el tiempo; nada nos confirma más que la presencia asegurada del Señor—1:17-18; 2 Ti. 4:22; Mt. 1:23; 28:20; Éx. 33:14-16.

IV. Pedro habla en sus Epístolas acerca del Cristo supremamente precioso y de los ítems relacionados orgánicamente con Él:

- A. Cristo mismo es lo máspreciado para Sus creyentes—1 P. 2:7.
- B. La piedra preciosa para el edificio de Dios es Cristo mismo—vs. 4, 6-8.
- C. La sangre preciosa de Cristo nos redimió de nuestra vana manera de vivir—1:14, 18-19.
- D. Las preciosas y grandísimas promesas nos han sido concedidas por nuestro Dios y Salvador Jesucristo—2 P. 1:1, 4.
- E. Dios les ha asignado a todos los creyentes una fe igualmente preciosa—v. 1.
- F. La prueba preciosa de nuestra fe se realiza por pruebas que vienen por medio de los sufrimientos—1 P. 1:7.

V. Debemos redimir el tiempo para disfrutar a Cristo, quien es la preciosidad suprema de Dios, a fin de que podamos ser constituidos de Él para ser varones de preciosidad, incluso la preciosidad misma, como Su tesoro personal con miras a que lleguemos a ser la Nueva Jerusalén como una estructura milagrosa de tesoro para Su gloria—Dn. 9:23; 10:11, 19:

- A. Necesitamos pedirle al Señor que nos conceda la luz para tener un cambio exhaustivo en nuestro concepto de lo que es valioso, de modo que continuamente escojamos a Cristo y todo lo que Él es como nuestra porción sumamente sobresaliente—Mr. 9:7-8; Fil. 3:7-8; 2 Co. 2:10; 4:7; 1 P. 1:8.
- B. Cuando ministramos la palabra de Dios, necesitamos estar atentos a la amonestación de Jeremías: “Si sacas lo precioso de entre lo que no tiene valor alguno, / serás como Mi boca”—Jer. 15:19, 16.
- C. Debemos valorar las palabras del Señor más que todas las riquezas terrenales, para que podamos hablar oráculos de Dios a fin de impartir las inescrutables riquezas de Cristo como la multiforme gracia de Dios a Su pueblo—Sal. 119:72, 9-16; Ef. 3:2, 8; 2 Co. 6:10; 1 P. 4:10-11.
- D. Necesitamos una visión para ver que la Nueva Jerusalén es el Dios Triuno, la Trinidad Divina, como tres factores básicos, forjado en Sus redimidos y estructurado

juntamente con ellos como conclusión de toda la Biblia: el oro como base de la ciudad tipifica a Dios el Padre, las perlas como puertas de la ciudad tipifican a Dios el Hijo, y el muro de jaspe de la ciudad tipifica a Dios el Espíritu—Ap. 21:18-21.

- E. A medida que vivimos en la presencia preciosa y actual de Cristo, disfrutándolo a Él como nuestra porción, así como Él nos disfruta como Su tesoro, Él se edifica en nosotros para hacernos Su casa espiritual y Su sacerdocio santo y real con miras al cumplimiento del deseo de Su corazón—1 P. 2:1-9; 3:4; 2 Co. 2:10; Sal. 16:5; Éx. 19:4-6; 2 P. 3:8, 11-12.